

dolo todo... todo...! ¡Ay, qué espanto!—¿Qué pasa?—exclamó asustada, en alta voz. Pero al despertar se dió cuenta de que el tren de verdad, el que llegaba de Limón, pasaba en ese momento por enfrente de la casa con estrépito que la hacía vibrar, mientras pitaba estridentemente al acercarse a la estación.

Ysabel, que regresaba, se acercó a su abuelita, colocándole cariñosamente sobre los hombros una espumosa pañoleta.

—Ayúdeme a levantarme, mi hijita—le dijo doña Magdalena. Y juntas, la abuela apoyada en el brazo de su nieta, se dirigieron paso a paso al dormitorio.

Ya terminaba el día y el tiempo, antes plácido, se nublaba al opacarse el sol con las brumas. Una típica tarde de invierno en Cartago.

Ysabel arrellanó a su abuela en un blando sillón forrado de terciopelo rojo y suspirando se sentó al borde de una banqueta que colocó a sus pies, mientras reclinaba su cabecita blonda en el regazo de doña Magdalena.

—Acarícieme el pelo, mamita, y cuénteme un cuento como cuando yo era chiquita. Si viera qué triste estoy; no sé lo que tengo. Siento a veces en el corazón un peso que quiere ahogarme, sobre todo al anochecer, cuando el día se torna frío y lo entristece la neblina.

—¡Uy, mi linda! Qué romántica se me ha puesto. Qué ocurrencia, sentirse triste mi muñeca

mimada, cuando todo en la vida le sonríe. ¿De qué se queja ahora?

—Por Dios, abuelita, no me tome a broma usted también ni se enoje por lo que voy a decirle. Yo la quiero a usted mucho, ¡muchísimo! y me gusta vivir en su casa, pero también ansío salir, divertirme. Yo no soy como María, una santita resignada a seguirle los pasos a tía Eloísa. Yo ambiciono viajar, ver el mundo...

—Sí, mi alma, es natural; usted está en la edad en que se anhela todo sin saber por qué. Y tiene razón, no debería estar aquí siempre encerrada entre viejas.

Y se quedó pensando: ¿Cómo haría yo para vencer la terquedad de Rafael? Luego agregó:

—No me acuse de indiferencia; hace días me preocupa verla languidecer y volverse más refunfuñadora que una solterona vieja. ¡Hijo de Dios! sólo faltaba que me oyera Eloísa. Pobrecita mi hija de mi alma, cómo me duele morirme sin dejarla casada! Ella es y ha sido muy desgraciada. Sea paciente, Ysabel, téngale mucha lástima, y cuando ya yo no esté, cuídemela mucho, lo merece. Les tiene mucho cariño a ustedes, y por eso las regaña, porque desea verlas perfectas. Algún día le contaré su historia. Ahora no, todavía está usted muy joven para comprenderla... Es curioso—añadió como hablando consigo misma—ninguno de mis hijos se me parece. Usted sí, Ysabel; dicen que es

mi vivo retrato. Puede que tenga algo de mi carácter también, aunque creo que en eso tira al otro lado, hacia Mercedes, hacia Luisa su tía, que siempre soñaba con aventuras y viajes y lo logró casándose con un macho que la llevó al otro extremo del mundo.

—¡Ay, mamita, si usted supiera que yo...

—Sí, negrita, sí lo sé. ¿No ve que la conozco como a mis manos...? Pero ya verá cuando se enamore cómo cambia por completo y si alguna vez suspira será por otros motivos... Viéndola así, se me viene a la memoria mi propia juventud. Como usted lo sabe, yo llegué aquí de Francia con mis padres. Ellos eran de allá y sólo vinieron a Costa Rica para recoger una herencia. El testamento no estaba claro y en tanto el asunto se arreglaba se encariñaron con el país y no pensaron en regresar. Así, en lugar de vender los bienes, como lo tenían pensado al principio, resolvieron quedarse. A mí no me consultaron y creí volverme loca. Tenía diecisiete años, uno más que usted ahora, y me parecía imposible vivir lejos de mi inolvidable París y sin mi novio que me aguardaba allá. Recuerdo que todo lo veía sombrío y desolador; casi me consumo de pesar. Me parecía que hasta las nubes lloraban de continuo conmigo. Nada de cuanto me ofrecían me gustaba y viéndome enflaquecer y desmejorar, mis padres acongojados empezaron, muy a su disgusto, a arreglar sus asuntos para volver a Francia.

Y doña Magdalena, revelando poseer el mismo don maravilloso que tenía su nieta para fantasear, prosiguió:—Por las mañanitas, al ir a misa, era cuando más tristeza sentía. Me obsesionaba una impresión cruel, al caminar entre las densas nieblas de la madrugada, de que formaba parte de un rebaño de sombras que andaban como ánimas perdidas entre una penumbra gris envueltas en largos mantos negros. Sonaban las campanas y su armonía se me antojaba monótono y lúgubre tañido que atormentaba mi sér. Las sentía como voces fantasmas, en concierto con el ambiente oscuro, lleno de neblina. Me parecía que doblaban por el quebranto de mi existencia, por la muerte de mis ilusiones. Pero encontré en mi camino a su abuelo, a mi Rafael inolvidable. Era alto como su padre y a mí me parecía el más bello de los hombres. Su cariño para mí y el mío para él llenaron mi corazón, y desde entonces, permaneciendo en la misma ciudad, me imaginaba vivir en un paraíso pleno de sol que como la luz de sus ojos, me entraba en el alma y me llenaba de dicha. Nos quisimos mucho, fuímos muy felices. Cuando murió hace seis años, creí morir de dolor; pero el cielo me dió fortaleza para resistir ese tremendo golpe, seguido poco tiempo después por la muerte de Daniel, el padre de María. Y ya ves, aquí estoy resignada, porque sé que dentro de poco me reuniré con ellos y nada ni nadie me podrá

quitar el dulce recuerdo de mi pasada ventura. ¡Eso es vivir, Ysabel! ¡Eso es felicidad! Dedicar nuestra vida a otros seres. Servir y amar a quien nos quiere, cuidar su hogar, mimar a sus hijos; ahí está la verdadera dicha, lo demás son espejismos, engaños.

Calló la abuelita, emocionada por su propio relato. Ysabel se sentía calmada, adormecida por el dulce murmullo de sus palabras, cuando sonó un golpecito en la puerta y entró María con el azafate para doña Magdalena, y detrás de ella Chica con el calentador de metal, de largo mango, con el cual entibiaba todas las noches el lecho de su ama.

Ysabel corrió a alcanzar una mesita y ambas nietas se dedicaron a servir a la anciana.

—¿Qué tenés, Chica, que no acabás, con tanto alisar y destender y volver a tender la cama?—le preguntó Ysabel burlona—. Parece que traés abejón en el buche.

Chica se hizo la desentendida, pero por fin no pudo callar más y dijo de un solo tirón:

—Biera, doña Madalenita, lo qu'están contando en la cocina. Dice Isidora qu'es qu'están buscándole tres pies al gato, con esa fregorria de trastear con la Parroquia. Figúrese qué atrebiós, no ben que ya de por sí está de malas ese confisgao Irasú, con esa echadera de humo y esa meneadera que se tre. Ayer, si no fueron sinco los meneones, no jué denguno. Ñor Grabiél, el

de San Nicolás, bino a trer a Saninacio, que'sta semana los toca la besita, y dice que nian pensalo dibían, que cuanti nomás la tocan pa bolber a lebantala, se deja benir un meneón que a tuiticos los lleba el pisuicas. Dice ques que le cayó una maledición de Tatica Dios, por qui'una bes quesque se matrimoniaban dos nobios, el cura...

—Mirá, Chica, calláte—la interrumpió doña Magdalena con severidad—, no digás sandeces. Yo conozco ese cuento y no me gusta para nada, y menos aún que pierdan el tiempo en charlas ociosas, impías. Andá enseguida, deciles que digo yo, que no quiero que en mi casa se vuelva a repetir ese invento.

Chica, alicaída, se retiró refunfuñando.

La tranquilidad que hacía poco envolvía a Ysabel se deshizo como por encanto. De nuevo se entristeció su espíritu, y sintió extraña desazón.

Conocía muy bien las ruinas de la Parroquia. Esos muros de rugosa piedra, manchados por la humedad y el tiempo, habían presenciado sus juegos infantiles. Los sillares desquiciados, semi escondidos entre rosas silvestres, zarzales y malezas, habían servido de teatro a mil alegres escenas de su niñez, sin que por asomo le hubieran inspirado temor.

De súbito habían cambiado de aspecto para ella. Hoy eran mudos testigos de pasados horrores. A su mente se agolpaban los relatos oídos de muerte y destrucción causados por el Irazú.

Se le antojaba ahora este volcán, demonio amenazador, gnomo maligno, agazapado bajo el esplendor de las montañas, acechando traicionero el momento de irrumpir acezante vomitando fuego. De la torre de una iglesia vecina se oían doblar las campanas, lenta, melancólicamente.

Chela había entrado quedo, a retirar el servicio. María, diligente, corrió la mesita, cambió la mariposa de aceite que con incierta luz velaba de día y de noche al lívido Nazareno de ropajes de morado terciopelo y cabellera humana, y se marchó afanosa a otros quehaceres.

En la mesa de noche, una parpadeante lámpara tan pronto alumbraba el rostro de la abuelita, como lo dejaba en la sombra.

La anciana cabeceaba en su sillón; en su boca marchita un interminable murmurio de oraciones. Devotamente deslizaba entre sus dedos afilados y pálidos las cuentas negras de su rosario. Levemente tintineaban las medallas al chocar con la cruz de plata.

Ysabel se sintió abrumada, invadida por honda depresión.

—Todo aquí—se dijo con desconsuelo, en íntima y profunda queja—es tenebroso, sombrío.

Presentía que la dicha que ambicionaba se desvanecía cada vez más. Gasas de niebla la cubrían, fuerzas hostiles le impedían descorrer este velo que iría espesando... espesando, hasta que desaparecieran para siempre sus ilusiones.

De pronto se oyó una voz que llamaba desde afuera.

—Mamá, mamita, ¿se puede?

Y entró Jaime sonriente, en su semblante una nota de emoción y nerviosidad. Besó a su madre con especial cariño. A Ysabel, que se levantó presurosa a saludarlo, le dió una palmadita en una mejilla diciéndole:

—Qué tal, ñata fea?

—¿Qué es eso; te pasa algo, mi hijito?—preguntó doña Magdalena, alarmada, al observar que daba vueltas por el cuarto.

—No, mamita, qué ocurrencia!, no se asuste. ¿Qué me va a pasar? ¿No me ve aquí vivito y coleando?

Se quedó contemplando como abstraído el conjunto de imágenes de santos que tenía su madre sobre una reluciente cómoda de caoba, resguardados por una límpida campana de cristal.

De pronto se volvió con resolución y sentándose a los pies de doña Magdalena, en el banquito que hacía poco ocupaba Ysabel, le rodeó la cintura con los brazos, y apoyando el rostro sobre el pecho de su madre, le preguntó:

—¿Mamá, qué diría si le traigo una nuera?

Doña Magdalena se quedó como dicen, muerta; por poco le dió un sofocón. Sin atreverse a inquirir el nombre de la presunta novia, se preguntaba por cuál de tantas tipas raras con quienes andaba siempre en líos, se había dejado

engatusar su hijo predilecto. Como inocente corderito, lo veía ya en las garras de una fiera.

—Pero no, bendito sea Dios... ¡qué bueno es conmigo!—se dijo. Cómo lo alabó en su interior cuando le oyó decir:

—Mamá, usted la conoce muy bien; es Julieta Ramírez, la nieta de su gran amiga doña Ester García.

¡No lo podía creer! Qué regalo de la *Negrita*, poder morir tranquila dejando a ese tarambanas en manos de una mujer buena.

—¡Ay, hijito, qué feliz me has hecho! Nadie mejor que Julieta, tan linda, tan religiosa, tan de su casa, tan hacendosa, tan...

—¡Mamá, por Dios no siga—interrumpió Jaime tan ufano de los elogios prodigados a su novia como una madre cuando oye alabar a sus hijos. Pero siempre despreocupado y gracejo, agregó:—Si está usted igualita a Chica, recomendándonos a aquella sobrina para de adentro: ella pa la plancha, ella pa la cocina, ella pa la batea...

Sólo una preocupación inquietaba a doña Magdalena—siempre tienen las madres que encontrarles algún pero a las novias de sus hijos—: ¿no será Julieta demasiado joven para Jaime? Ella tiene por ahí de veintitrés años y él cincuenta y dos.

Ysabel, por el contrario, se decía un tanto decepcionada: ¡Qué cosas las de tío Jaime; si Ju-

lieta es una vieja, revieja, que por poquitos la deja el tren!

Había terminado el colegio el mismo año en que ella entraba, y por lo tanto sabía muy bien que le llevaba siete años.

*

La salud de doña Magdalena se resentía cada vez más y hacía imposible su traslado a la capital. Por esta razón, las bodas se efectuaron en la capilla de la casa, el día de la Inmaculada.

La tranquilidad habitual se tornó en un intenso movimiento que llenó a Ysabel de felicidad. Contenta y encantada de la vida, ya no tenía oportunidad de entristecerse ni de pensar en quimeras; más bien el tiempo se le hacía corto para inventar y poner en ejecución todos sus proyectos. Su manía de idear cosas novelescas ya no era motivo de burla; muy al contrario, su tío Jaime, bajo la influencia renovadora del amor, encontraba ahora anticuadas y aun absurdas las ideas de sus hermanas. Aprobaba por original y atrayente cuanto se le ocurría a Ysabel, y como lo que él opinaba era santa palabra, no había más que hablar.

Ysabel vivía como en la gloria desarrollando sus fantasías.

El día del matrimonio la casa estaba completamente cambiada. Con excepción de las habitaciones de doña Magdalena, que en medio

de esta confusión habían permanecido inalteradas, los demás aposentos fueron convertidos en salones de recibo, utilizando para ello, además de los propios, todos los juegos de muebles de sala de la vecindad.

Por doquiera flores, muchas flores, un verdadero mar polícromo y fragante. Largos cordones de espárrago salpicados de ramitos de begonia delineaban los marcos de las puertas y ventanas; guirnaldas de laurel o de uruca trenzadas con vívidas flores adornaban las vigas y las columnas y formaban caprichosos festones; pacayas y palmas de enormes hojas puestas en todos los rincones contribuían a dar a los salones y anchos zaguanes el aspecto de alegres bosquecillos. Hasta el rústico corredor quedó trasformado en un jardín de ensueño, un variado conjunto de la flora tropical, iluminado por la luz que difundían cientos de farolitos chinos.

En donde más se lució Ysabel fué en el decorado de la capillita. Ahí se reflejaba todo su anhelo de belleza y magnificencia.

El altar era un precioso conjunto de azaleas, azúcenas, calas, rosas blancas y jazmines. Allá en lo alto, entre las néveas flores que subían a formarle un arco y brillando frente a un sol de luces, se encontraba una imagen de la Inmaculada que extendía sus manos con expresión dulcísima como si derramara bendiciones sobre el cortejo nupcial.

La capital estaba de jolgorio con las tradicionales y populares fiestas de fin de año y más festiva aún el alma de Ysabel.

Jaime y Julieta, al regresar de su luna de miel, que habían pasado en el romántico valle de Orosi a orillas del Reventazón, muy agradecidos con sus sobrinas y dispuestos a premiarlas por el éxito y la buena voluntad con que habían tomado a su cargo los preparativos de la fiesta de bodas, se habían propuesto llevarlas a todos los festejos. Sin mucho trabajo habían conseguido lo que hasta entonces parecía un imposible. Muy suavizada su voluntad con el sesgo que iban tomando los asuntos políticos, don Rafael había consentido en dejar ir a las niñas a pasar el final de diciembre en casa de doña Mercedes, en San José. Ysabel no cabía en sí de gozo.

—Pellizcáme, María—le rogaba a su prima con frecuencia—; pellizcáme para ver si estoy despierta, pues no puedo creer que tanta dicha sea cierta.

No solamente se encontraba en San José en casa de su condescendiente Nanita, quien no hacía sino ceder gustosa a todos sus caprichos, sino que este milagro de verse allí ocurría precisamente en la época de alegrías, cuando la población vestía sus mejores galas.

Ahora estaban Ysabel y María dando la úl-

tima mano a sus elegantísimas *toilettes* bajo la experta y paciente dirección de doña Mercedes. Chica, quien no podía vivir apartada de Ysabel y se empeñaba en seguirla como si fuera su sombra—pa cuidar este rayo, pretextaba—, iba y venía por la estancia, trayendo y llevando, aprobando o censurando, según su entender.

—Ay, no sé...—musitaba Ysabel, al contemplar con un fruncido de su rosada boquita, dos preciosos trajes acabados de salir de las habilísimas manos de las niñas Ragosa—las mejores modistas de la capital—bien extendidos en sendas camas. Los dos vestidos eran de idéntica hechura, de color rosado con adornos negros el de María, verde manzana en combinación con verde oscuro, el de Ysabel.

Doña Mercedes los había declarado un primer, alabando con toda clase de exclamaciones el complicado adorno de miles de yardas de cintitas de terciopelo que respunteadas en apretadas filas orleaban la falda de ancha campana y ceñido canesú y la berta que caída sobre los hombros remataba la pechera de encaje color crema, prestando al conjunto extraordinario realce.

—No sé—repitió Ysabel—estoy arrepentida; quisiera haber escogido el color rosado para mí.

—No, mi encantico—se apresuró a replicar doña Mercedes, quien se acercaba solícita para ayudarle a ponerse el traje a su nieta adorada,

por quien decían las malas lenguas que tenía chifladura—. Qué va, no sea tontica. ¿No ve que el verde es su color? Por eso me empecé tanto en que lo escogiera. Si con él le brillan los ojos como esmeraldas y el pelo le resalta más dorado todavía.

—¡Mmmm, que lata!—murmuró casi imperceptiblemente Chica—. Ora si que se nos engriyó de viaje la lindísima ésta—. Pero en su interior se extasiaba pensando:—¡Ay, mi machita, si parese el mismito sol que enainas quita el resuello! A María le cae el rosao—continuó en alta voz—tan siquiera no se be tan desteñidona.

No era fea María. Al contrario, era una morenita agraciada, pero la belleza retadora y deslumbrante de Ysabel la apagaba y a su lado aparecía insignificante y desmedrada.

Dos creaciones—según la indiscutible opinión de Madame Angot, sombrerera de moda—completaban el tocado. De paja de Italia de enormes alas, las copas cubiertas con siete pomposas plumas de avestruz que recordaban los caballos empenachados que saludan en los circos, verdes también como su traje las plumas del sombrero de Ysabel y rosadas las del de María.

—Nanita—suplicaba Ysabel—vea como hace para prenderme bien el sombrero; ya me he puesto cuatro ganchos y todavía lo siento flojo.

Y es que se necesitaba media docena o más de estos larguísimos y mortificantes instrumentos

—peligrosos estiletes más bien que ganchos— para que no se le derribara el edificio entero al hacer el más leve movimiento de cabeza.

El cuello del vestido, ajustado, alto y sostenido en su sitio mediante un complicado varillaje, se hundía en la barba y la garganta con sólo respirar, y eso cuando se podía, pues el corsé apenas si dejaba pasar aire a los pulmones.

¡Cuántas mortificaciones soportadas gustosamente por estas niñas y sus amigas tan sumisas a los mandatos de la implacable moda! Pero que importaban tales tormentos, si se abrigaba la seguridad, como la tenía Ysabel, de que andaba elegantísima y no habría quién le pudiera ganar en belleza y pulcritud...

—Ya está aquí el coche—dijo doña Mercedes al escuchar el ruido de los cascos de los caballos sobre el empedrado de la calle, apresurándose a levantar la persiana de lino bordada en Richelieu, para ver a través de las cortinas de encaje de Malines, y volviéndose, fué a darles el último vistazo.

—¡María, enderécese el sombrero!

—¡Ysabel, los guantes! ¿Llevan pañuelo?

—Espérence mis lindas!

Apresuradamente corrió a inundarlas de «Ilusión de Roubillant» con un atomizador y a enderezarle a Ysabel los aretes de gruesas esmeraldas que le había prestado y pensaba dejarle en su testamento.

Al pasar frente al espejo de luna del dormitorio de su abuelita, Ysabel se quedó un rato absorta contemplando llena de admiración su silueta elegante, su belleza y sus lujos. Qué felicidad, suspiró, no tener otro oficio que pasear y ponerme bonita aunque sólo sea por cortos días. Bendito tío Jaime que me sacó de aquella prisión, y para colmo de mi suerte en esta época tan alegre!

—¡Ydiai, niña!—llamó Chica desde el corredor—. ¿Ydiai, que's'eso? ¡Le ba a salir el cuijen de tanto bese en el espejo! ¡Corra! ¿No be que l'astán esperando?

—Vieja entrometida—murmuró Ysabel, teñiéndose el sombrero y saliendo hacia la puerta de la calle.

Notó con cierto sentimiento de despecho que Julieta estaba deslumbrante de hermosura. Con su exquisito traje de *chiffon* amarillo con fondo de raso del mismo color llenaba casi todo el asiento del carruaje. Una pámela coronada de rosas en tono de naranja y amarillo realzaba su belleza. Era morena como María, pero una morena provocativa de entornados ojos y gruesa boca roja.

Dispuesto a complacer a su mujercita que deseaba exhibir sus preciosos y flamantes trajes, tío Jaime había comprado un magnífico *landeau*, tirado por un par de soberbios caballos, que al trotar manoteaban con elegancia sacudiendo con

altivez sus nobles cabezas, erguidas por gracia de su raza y del cruel frenillo que les impedía bajarlas.

Al llegar a la esquina del Parque Morazán tuvieron que hacer alto. El tránsito estaba interrumpido por una multitud agitada que dificultaba el paso. Venía de regreso de su obligada visita al Gobernador de la Provincia un tropel de enmascarados con su cortejo de bulliciosos y alborozados chiquillos y grandulones que llenaban el ambiente de gritos y carcajadas.

Sobresalía entre este conjunto ridículo de acabados adefesios una grotesca y vulgar caricatura de mujer, de proporciones extravagantes —la famosa Giganta de las fiestas— formada por una armazón liviana con vistoso forro exterior que llevaba en alto un hombre oculto dentro de los pliegues de sus faldas, y la hacía dar torpes vueltas y cabezazos imitando cómicos saludos.

Hacía ella las delicias del populacho y compartía los honores de esta especie de carnaval con el Diablo—el famoso *cuijen* vestido de malla roja con rabo movedizo y diabólica cornamenta—que corría de un lado a otro rugiendo y asustando chiquillos a fuerza de golpes propinados al azar con una descomunal e inflada vejiga de buey. Esquivando las embestidas de la turba juvenil, se acercó a las señoras, les dijo unas cuantas barbaridades en son de torpes elogios, y cuando ya se alejaba el coche, le lanzó a Jai-

altivez sus nobles cabezas, erguidas por gracia de su raza y del cruel frenillo que les impedía bajarlas.

Al llegar a la esquina del Parque Morazán tuvieron que hacer alto. El tránsito estaba interrumpido por una multitud agitada que dificultaba el paso. Venía de regreso de su obligada visita al Gobernador de la Provincia un tropel de enmascarados con su cortejo de bulliciosos y alborozados chiquillos y grandulones que llenaban el ambiente de gritos y carcajadas.

Sobresalía entre este conjunto ridículo de acabados adefesios una grotesca y vulgar caricatura de mujer, de proporciones extravagantes —la famosa Giganta de las fiestas— formada por una armazón liviana con vistoso forro exterior que llevaba en alto un hombre oculto dentro de los pliegues de sus faldas, y la hacía dar torpes vueltas y cabezazos imitando cómicos saludos.

Hacía ella las delicias del populacho y compartía los honores de esta especie de carnaval con el Diablo—el famoso *cuijen* vestido de malla roja con rabo movedizo y diabólica cornamenta—que corría de un lado a otro rugiendo y asustando chiquillos a fuerza de golpes propinados al azar con una descomunal e inflada vejiga de buey. Esquivando las embestidas de la turba juvenil, se acercó a las señoras, les dijo unas cuantas barbaridades en son de torpes elogios, y cuando ya se alejaba el coche, le lanzó a Jai-

me una hiriente y amenazadora indirecta a propósito de un querer no muy lejano de quien era pariente este imitador de Satanás.

Jaime se puso furioso; pero luego, serenándose, soltó una de sus agudezas para disimular la desagradable y delicada situación en que lo había puesto el mantudo. Y además, ¿quién hacía caso de los disfraces? Si eran parte muy principal del regocijo popular.

Ysabel se sentía en el cielo. No había dejado de advertir que el grupo de pollos apostados en la esquina la contemplaban con curiosa admiración y hasta los oyó comentar su belleza con entusiasmo y reiterados encomios. Fuera por lo apretado del corsé, o talvez por causa de la dicha que le bailaba en el cuerpo, sentía cierta dificultad para respirar. El fresco y puro aire de la tarde le parecía un extraño elíxir que la embriagaba de placer. Le entraron deseos de gritar y bailar dando brincos como los mantudos y los chiquillos de la calle, y no pudo menos de sonreír al pensar en el sorprendente efecto que causaría si lo hiciera.

Empezaba a copiar los amaneramientos de su nueva tía y todo lo encontraba divino, como decía usualmente Julieta. Ahora la adoraba y la consideraba encantadora. Después de todo, ¿qué importa que sea tan linda—pensaba ingenuamente—si ya está casada? Ya no la creía vieja; al contrario, era ella quien se sentía mucho ma-

yor al verla como una niña ilusionada y sencilla que se figuraba que sería eternamente feliz con sólo tornarse en la fiel esclava de su cincuentón.

—Claro—se decía—seguro que todavía lo único que conoce de él es su aspecto exterior de galante caballero acicalado y fino.

Se habían vuelto entrañables amigas y se contaban sus intimidades, aunque no todas, pues Ysabel dudaba de que Julieta estuviera al tanto de todos los secretos de la vida de tío Jaime.

—María—le preguntaba una noche a su prima cuando se preparaban para acostarse—: ¿vos crees que Julieta sabe que tío Jaime tiene dientes postizos? Y si no, ¿cómo se las arreglará él ahora? ¿Ya no se los quitará para ponerlos en un vaso de agua? Yo los ví así varias veces allá en Cartago cuando estuvo muy enfermo y siempre me daban la rara impresión de que podrían saltar de repente fuera del vaso y darme un mordisco. ¡Uy, qué horror! De sólo recordarlo—añadió estremeciéndose—me da una cosa muy fea en la boca del estómago.

—¡Ay por Dios, Ysabel!—dijo María riendo, entre divertida y apenada por las salidas de su prima—¡no seas bárbara, qué cosas se te ocurren!

—¡Adiós, qué tiene! y además, acordáte que tío Jaime se tiñe el pelo y los bigotes y se unta en ellos una goma, algo así como agua de linaza espesa para que se le entiesen las puntas. Cuando iba a pasar unos días a casa, era la

gran mortificación de Chica porque dejaba las fundas buenas de mamá, las bordadas, manchadas de negro.

—¡Mirá Ysabel— le suplicó María—, no te burlés de él! Recordá que siempre ha sido muy bueno y generoso conmigo, así como todos ustedes, y yo no quisiera...

—Pero si no me burlo de él, si es únicamente comentando, y además, yo no lo estoy diciendo a gente extraña; hablamos de eso entre nosotras que de todos modos lo queremos mucho. Y otra cosa, mirá; ya sabés que a pesar de su carácter dicharachero y alegre sufre con frecuencia de crisis nerviosas y entonces se pone melancólico, de muy mal genio y exigente. Deja de hablar durante días enteros. Una vez oí decir a Chica: «Está de luna y me voy antes de que me caiga un chaparrón». ¿Qué te parece lo que pensará Julieta de todo esto?

—¿Se lo vas a contar?—exclamó María escandalizada.

—¡Claro que no, tonta; cómo voy siquiera a mencionarlo! Si yo quiero mucho a tío Jaime y la verdad es que no estaríamos aquí gozando si no fuera por él. Y además no se puede negar que ha cambiado totalmente desde que se comprometió. Se ve joven, remozado, y es muy condescendiente con todo el mundo.

Y decía lo cierto. Jaime tenía una irradiación de dicha en la cara que lo había transformado

y le quitaba por lo menos diez años de encima. Ysabel cesó en sus comentarios, y cavilando, se dijo: Bueno, después de todo, ¿qué más puede querer Julieta? Tío Jaime es muy rico y según se dice, va en camino de ser muy poderoso. Le da el gusto que ella quiere, y como si eso no fuera suficiente, si gana las elecciones su partido, es segurísimo que en mayo próximo irá a Washington de ministro. ¡Qué suerte de Julieta, quién fuera ella! Pero claro, no con un marido como tío Jaime, sino con otro mucho más joven, muy galán, de tipo seductor y romántico, como Mauricio Costelo, el actor de cinematógrafo.

*

¡Qué algarabía alrededor de la plaza! ¡Qué entusiasmo! En torno de la ruda barrera de maderos sin pulir ni pintar se agitaba una abigarrada multitud, no sólo de pueblo de San José, sino de gentes venidas desde las provincias más lejanas, que llegaban atraídas por la alegría de las fiestas y zumbaban como una gigantesca colmena.

Famélicos caballejos engalanados con cintas y rosetas y con sonoros cascabeles en los arneses arrastraban los carruajes de alquiler, con la capota baja, y dejaban en las diferentes entradas una alegre turba de preciosas mujeres con sus acompañantes que al descender se veían envueltos y arrollados por un tumulto ensordecedor.

Todos gritaban: los vendedores de serpentinas, de dulces y refrescos, de ordinaria repostería—polvorones, empanadas y gatos—, los revendedores de entradas a los palcos, los mozos de cordel, los mirones, todos desbordando júbilo contaminante, expresaban su contento con risas y chillidos.

Las calles principales estaban adornadas con infinidad de banderolas de papel de distintos colores, entreveradas con miles de bombillos eléctricos, verdes, azules o rojas, formando arcos, estrellas o franjas de figuras caprichosas. Pero en la plaza estaban ahora congregados las grandes muchedumbres atraídas por el bullicio y el jolgorio que provocaba el espectáculo que constituía el mayor placer de las fiestas: los toros.

Jaime, Julieta, Ysabel y María subieron con dificultad las empinadas escaleras de toscos peldaños, atestadas de personas que subían y bajaban en interminable confusión.

Al entrar al palco presidencial fueron recibidos con gran revuelo de exclamaciones, risas y saludos.

—¡Vengan aquí!

Los invitaba con ruidosa cordialidad la esposa del Presidente de la República, mientras les ofrecía asientos de primera fila.

Formaban los palcos, frente al redondel, un círculo completo. Disimulaban en parte lo basto de su construcción con tiras de tela roja, y el

principal, situado al oeste, tenía el antepecho cubierto con banderas de Costa Rica.

La plaza parecía un hormiguero alborotado, tan llena estaba de una muchedumbre inquieta y pintoresca que ondulaba en constante movimiento, cual un mar agitado. Todos vociferaban, gesticulaban y saludaban a gritos a sus conocidos, mientras se atestaban de confites y enlustrados de Cartago, o de bizcochos, pastelitos y otras golosinas que se consideraban parte indispensable en el derroche de las fiestas. Centenares de hombres y muchachones corrían de un lado a otro o se apelotonaban en corrillos. La policía multiplicaba sus esfuerzos tratando inútilmente de mantener el orden, deshacía molotes y riñas que comenzaban sin motivo aparente y sacaba de la plaza a los que se encontraban muy borrachos.

Como fieras enjauladas detrás de la barrera que las protegía de las embestidas del toro se apretujaban en increíble hacinamiento gentes de ambos sexos, de todas las edades y condiciones. No podían pagar la entrada a los tablados y allí estaban, dispuestas a sufrir incomodidades con tal de gozar también de las peripecias del tragicómico espectáculo.

—Hombré...—preguntaba un campesino a otro—¿qué tal los toros de ayer?

—¡Pus güenos, pero muy güenos; cogieron a cinco y mataron a dos los confisgaos!

Hacía un día magnífico: sobre un cielo de un azul intenso, sin una sola nube que empañara su brillantez, empezaba a descender hacia el horizonte un radioso y rojo sol de verano. El aire seco, fresco, cargado de oxígeno, embriagaba al respirarlo y llenaba el alma de satisfacción y alborozo. En el fondo de los corazones, la crueldad atisbaba esperando con avidez de fiera algún acontecimiento emocionante con qué saciar su recóndito instinto sanguinario, ansiando ver sufrir, ver sangre. Los músicos de la banda militar, alineados en una plataforma vecina, resoplaban con fuerza sus instrumentos, lanzando al aire marciales notas o pasacalles españoles que acababan de enardecer los ánimos.

—¡Güí-pi-píaaah!—gritaban a todo pulmón los borrachos al pasar frente al palco presidencial.

El regocijo de Ysabel iba en aumento, y no obstante su predisposición a encontrar todo sordido, hoy sentía que todo era espléndido y que la alegría le retozaba en el cuerpo. Hasta la ordinaria armazón que rodeaba la plaza le parecía un soberbio coliseo romano. Había terminado de leer *Los Ultimos Días de Pompeya* y con su tendencia habitual a fantasear se imaginaba emperatriz rodeada de su séquito, recibiendo el homenaje de sus súbditos y el clásico saludo de los gladiadores. Contribuía a darle esta impresión el triunfo que había logrado el día an-

terior en el Club Internacional en donde se celebraban bailes de confianza durante las noches de las fiestas. Las habían llevado a ella y a María solamente a ver, pues las costumbres exigían que las señoritas no bailaran en público mientras no se hubiesen estrenado; ¿pero, quién detenía a Ysabel y menos cuando al entrar no más, ya se encontraba frente a ella una corte de admiradores, atraídos por su excepcional belleza, haciéndole rueda y empeñados en llenar su programa sin dejarle libre ni una extra, ni siquiera una colita? Y ahora estos mismos adoradores habían descubierto su presencia y se afanaban en pasar y repasar delante de su palco, saludándola con caballerosa reverencia en solicitud de una sonrisa por lo menos.

En el colmo de la felicidad, muy ufana recordaba que la noche anterior su prima María—literalmente cosida a las faldas de doña Mercedes—ponía cara de espanto al verla desatender muy frescamente las órdenes expresas de don Rafael. Ya habría tiempo de sobra en Cartago para preocuparse de las cóleras de su padre, y de todas maneras, su Nanita Mercedes se había hecho la desentendida y no le había dicho nada; más bien parecía, por su cara de pascuas, muy halagada con el éxito de su adorada nieta.

¡Qué regocijo, qué ensueño! No recordaba Ysabel haberse sentido más feliz en su vida.

Ya salía una comitiva de jinetes entre los

que estaba Pedro, montados en briosos caballos. Cruzaron la plaza a los acordes de resonante marcha y se dirigieron al palco del Municipio, al costado del presidencial, con el objeto de pedir la llave. Ysabel, fascinada, seguía los movimientos de los apuestos jóvenes que vestían el clásico traje costarricense de montar: pantalón blanco, chaqueta corta de paño azul, la cintura ceñida por ancho cinturón de seda negra y sombrero de pita de anchas alas.

Los caballos, hábilmente amaestrados, llevaban el compás de la música, bailando y balanceándose con imponderable maestría.

Uno de los caballeros se adelantó, saludó al Gobernador, recibió de éste la llave, volvió a saludar y se reunió a sus compañeros que luego se dispersaron quedando alertas para evitar algún desmán de los toros y después de la lucha entrarlos de nuevo al toril.

Al pie del palco presidencial se detuvo un jinete que divisando a María agitó la mano con ademán cariñoso.

—¿Quién es?—preguntó Ysabel interesándose por el guapo joven de cara pálida y de pobladas cejas negras.

—Es Joaquín Robledo. ¿Qué simpático es, verdad?—contestó María—. Yo lo veía con frecuencia cuando era chiquita, antes de morir mamá. Eramos vecinos, y su hermana mi mejor amiga. Es más o menos ocho años mayor que

yo, pero es muy bueno y con frecuencia nos llevaba a pasear en su volanta. Hace tiempos que no lo veía porque se fué a vivir por el volcán, a una finca de ganado que tiene por allá. Qué buen jinete y qué galán es, ¿verdad?

Joaquín, como si adivinara que se ocupaban de él, se volvió y miró hacia arriba en dirección a ellas. Vió a Ysabel y se quedó mirándola absorto y embelesado.

Ella también lo miró un instante, apenas lo suficiente para darse cuenta con íntima satisfacción, del efecto que había producido en él, y enseguida bajó los ojos.

—Tiene razón María—pensaba—¡qué garboso y qué guapo es, y qué ojos tan expresivos!

De pronto sonó un clarín y sus agudas notas, ¡tuuu tu ti tu tu ruuu! electrizaron a la multitud, que lanzó gritos de alegría, mientras los que se encontraban cerca de la puerta del toril buscaban apartarse del peligro corriendo hacia lugares menos expuestos.

El toro, una enorme bestia de puntiagudos y largos cuernos, salió bufando y dando enormes brincos, herido por los repetidos chuzazos que le habían dado al lanzarlo a la plaza.

¡Qué bulla, qué movimiento, qué espectación!

—¡Güi-pi-píaaaaah!

—¡Viva yo!

—¡Viva mi mama!

—¡Ay, ay, ay, ya lo cogió!

—¡No, pasó de lao!

Ante el asombro general, un borracho que apenas podía sostenerse en pie, lanzando un grito con voz aguardentosa—¡den campo!—se acercó al toro que, desconcertado por el ruido y el tumulto, permanecía inmóvil viéndolo venir, y le colocó su sombrero entre los cuernos.

Solícito acudió un descamisado con un sucio trapo rojo en la mano, que sacudía ante el animal «llamándolo», antes de que volviera de su estupor y corneara al borracho; pero la fiera seguía rígida, no arrancaba ni perseguía, y esto llenaba de enojo al público.

—¡Qué fastidio, un toro manso!

—¡Ay, qué inútil, no coge a nadie!

La multitud, impaciente, silbaba y golpeaba con los tacones sobre el entarimado de los palcos vociferando:

—¡Ooootro toro! Oootro toro!

—¡Ese toro no sirve!

—¡Cam... bien... lo...! ¡Cam... bien... loo!

—¡Ay, ay, ay, ya lo cogió... lo cogió!

En efecto, arrancando de pronto con ímpetu furioso, el toro había alcanzado a un incauto lanzándolo por los aires con toda la fuerza de sus quinientos kilos.

El infeliz cayó desgonzado, hecho un muñeco, produciendo un ruido sordo que sonó lúgubremente en aquel intervalo de recogimiento y espanto que había sucedido a la algarabía

anterior. Al silencio siguieron los chillidos de dos mil gargantas: estaba satisfecho el salvajismo, ya había habido algo atrayente.

Se acercaron dos hombres a recoger al golpeado. Nadie mostraba la más ligera lástima. No era un semejante lo que conducían... era simplemente algo que se había prestado a divertir.

Retiraron el primer toro y luego vino otro que metieron al encierro en medio de una rechifla unánime de desaprobación.

¡Tuuuu ruru! Entraba ahora al redondel un soberbio bruto musculoso, barcino. Se quedó parado un momento escarbando el suelo. Resoplaba con fuerza, bajando el testuz. Luego, entre el regocijo general, arrancó a correr disolviendo los grupos y obligando a los valientes a huír desalados, la parte trasera encogida hacia adentro, buscando la protección de las barreras.

No lo logró un pobre niño a quien alcanzó el toro, revolcándolo en el suelo y corneándolo con furia. Rápidamente, revoleando los lazos en alto, galoparon los jinetes a salvar al desdichado. El caballo que montaba Pedro chocó con fuerza contra uno que corría en dirección opuesta, se enredaron en una de las cuerdas y dieron en el suelo con estrépito. El toro, atraído por el tumulto, corrió hacia ellos bufando. El otro jinete pudo incorporarse y presuroso corrió a guarecerse. Los dos caballos se levantaron y huyeron dando coces. Sólo Pedro quedó en el suelo, aun aturdido por el golpe.

—¡Dios mío, lo va a matar!—gritó con agudo chillido una voz de mujer.

Como movidos por resorte, los espectadores de los tablados se pusieron de pie, contenida la respiración, sobrecogidos, en medio de un silencio absoluto, la angustia pintada en los rostros. Desfigurada de espanto sólo Ysabel permaneció sentada, inmovilizada por su propia emoción, sin poder gritar ni quitar la vista de su hermano.

De pronto, desde el otro extremo de la plaza un jinete arrancó con la velocidad del huracán y enlazó por los cuernos al toro, que tumbó al suelo, un poco más allá, al parar en raya su caballo.

¡Qué delirio! El público rompió en un estruendo ensordecedor, expresando su admiración con estallidos de frenéticos aplausos y gritos, mientras un diluvio de sombreros caía en medio del redondel.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Qué bueno!

—¡Qué valiente!

—¿Quién será?

—¡Es Joaquín Robledo, el de Cartago!

El intrépido mancebo, sin atender a estas demostraciones, se tiró del caballo, arrolló la cuerda a un poste y dejando el cuidado del toro a sus compañeros corrió a socorrer a Pedro, que ya vuelto en sí, se levantaba trabajosamente.

—¡Joaquín, Joaquín!—gritó el Presidente entusiasmado—. ¡Vení acá, hombre, para darte un abrazo! Eso es montar, eso es lazar! ¡Qué bar-
baro, qué fuerza, qué habilidad!

Subieron al palco. Ysabel, apenas repuesta del susto, abrazó emocionada a su hermano. Luego, al serle presentado Joaquín, se mostró reconocida y entusiasmada con él, estrechán-
dole la mano con efusión y balbuceando pala-
bras de agradecimiento.

Como fascinado, miraba Joaquín sus gran-
des ojos verdes brillando entre las lágrimas.

*

Si en algo había complacido Ysabel a su
tía Eloísa, era en el modo de tratar a los hom-
bres; nunca había tomado en serio a los múlti-
ples adoradores que hacía ya meses le ofrecían
sus atenciones.

De mil maneras la habían cortejado, la se-
guían al ir o venir de misa o cuando salía de
compras celosamente vigilada por Chica; con la
paciencia del Santo Job permanecían parados a
sol y a sombra, en la esquina de su casa, y los
más arrojados medían durante horas enteras la
calle a que daba su ventana.

Todo era en vano. Ysabel ni siquiera se dig-
naba dejarse ver por entre los engomados y blan-
cos visillos de encaje y mucho menos asomarse.

Ninguno le había gustado, ninguno le había

parecido digno ni para entretener su tedio con sus necias galanterías. ¿Cómo era posible que le cayeran en gracia unos insignificantes chiquillos, cuando ella tenía la convicción íntima de que algún día se cumplirían sus ensueños y se aparecería el hombre de sus desvelos?

Desde el momento en que conoció a Joaquín, sí se sintió atraída por su fuerte personalidad. Hablaron poco y al separarse llevaba la impresión de haberle inspirado también a él un interés profundo. Segura estaba de que no tardaría mucho en buscarla y esperó encontrarlo esa noche en el baile; no lo vió y supo después que ni siquiera había estado ahí.

Una nueva oportunidad de apreciarlo se le presentó a la mañana siguiente al invitarlas su tío Jaime al juego de polo que se celebraba en el hermoso llano de Mata Redonda.

Se daba por descontado el triunfo del cuadro visitante, de fama internacional, y la derrota del equipo local a nadie sorprendió. Pero fué tan dura la lucha e hicieron tan lucidas jugadas los integrantes del quinteto nacional, que la concurrencia le prodigaba a cada momento sus calurosos aplausos.

Joaquín fué también en esta ocasión el héroe de la jornada y a él se dirigían especialmente las miradas de las jóvenes que marcaban con la alegre policromía de sus trajes de vaporosas gasas, los límites del campo de juego.

Al terminar el partido en que tanto se había lucido defendiendo los colores de Costa Rica, se acercó Joaquín a su carruaje a saludarlas. Ysabel, sintiendo un absurdo resentimiento, puso especial empeño en demostrarle su indiferencia y aun cuando notó que de nuevo la miraba fascinado y rendido, tan sólo correspondió a su saludo con una glacial cortesía.

Esa misma tarde supo por Pedro que ya había regresado a su finca en las faldas del Irazú.

—Joaquín es un gran muchacho—afirmó su hermano—; un gran trabajador; nos hemos hecho muy buenos amigos.

—¡Psch, no sé! me cayó muy pesado y antipático; para mí, que es un gran engreído—contestó despectivamente Ysabel.

Y antes de que Pedro pudiera replicar se alejó diciendo entre sí: ¡Ojalá no lo vuelva a ver en mi vida!

*

Días después, terminadas ya las fiestas que por siempre habría de recordar Ysabel, regresaron a la vieja finca. Todo cantaba alegría. Sólo el alma de Ysabel estaba triste. Emociones y anhelos hasta entonces desconocidos por ella agitaban su alma. El recuerdo de Joaquín la perseguía, y no obstante su propósito de no ocuparse más de él, no lograba alejar de su imaginación la figura de este hombre que apenas si había conocido.

Conforme pasaban los días sin que él diera la menor señal de pensar en ella, Ysabel se llenaba de despecho. Ojalá, se decía, que viniera a visitar a Pedro para demostrarle cuán poco me atrae; más aún, para hacerle ver la profunda antipatía que siento por él.

Una mañana oyó decir a su hermano que iba a pasar unos días con Joaquín; y luego, con gran sorpresa de su parte, a la siempre tímida María preguntar con encogimiento:

—¿No le parece, mamita Magda, que aprovechando la visita de Pedro, usted debería invitar a Joaquín a almorzar o a comer? Creo que le debemos alguna atención después de lo que hizo por él.

—No aceptaría—dijo Pedro—es muy retraído. Lo he instado varias veces para que venga a casa y siempre se ha negado pretextando alguna ocupación. Anteriormente, recién llegado de Inglaterra, era muy sociable; pero desde que murió su padre sin dejar más que deudas y las fincas hipotecadas hasta el tope, se ha vuelto un ermitaño. Piensa únicamente en trabajar y ver cómo rehace la fortuna. El es quien mantiene a su mamá y a su hermanita. Fué a San José en tiempo de fiestas atendiendo sólo a nuestros ruegos de ayudarnos en los partidos de polo.

—Todo eso enáltece mucho a ese joven—observó doña Magdalena—. Me gustaría conocerlo y darle las gracias personalmente. Decile que lo

espero a almorzar el próximo domingo sin falta y que no admito negativas.

—Bueno, se lo diré—contestó Pedro—pero no se ilusionen mucho, porque está pasando una temporada allá su prima Anita, la hija de Mr. Lawson, aquel macho millonario. Dicen que está loca por Joaquín y yo creo que él sería un tonto si no le gustara, no por la plata, sino por lo lindísima que es.

Y terminó haciendo ademán de besarse la punta de los dedos.

Sentimientos opuestos y violentos agitaban el alma de Ysabel; ella misma no se explicaba el gozo con que había oído los palabras de María y luego la inmensa ira que la sacudió al escuchar las frases de su hermano.

Un brote de orgullosa rebelión surgió en defensa de su dignidad.

¿Cómo podía ser posible que ella se preocupara por lo que pudiera pensar o querer un hombre? ¿Qué le podía importar cuanto hiciera un tonto como ese, pobre por añadidura?

—Por mí que no venga, me da la impresión de que es un fatuo—declaró con arrogancia, mientras se decía: ¡Qué humillación pensar que existe un hombre capaz de hacerme sufrir con su indiferencia!

—¿Qué le pasa a Ysabel?—preguntó doña Magdalena—. Siempre ha sido caprichosa; pero nunca ha estado tan insoportable como ahora.

Sin responder, Ysabel se retiró bruscamente a su cuarto para ocultar las lágrimas que la rabia y el despecho hacían saltar a sus ojos.



La casa de la finca estaba construída sobre una colina y desde el corredor se dominaban todos los contornos.

Ese domingo por la mañana, según se acercaba la hora del almuerzo, se asomaba Ysabel a cada instante, escudriñando la campiña a ver si por el camino que serpenteaba a lo lejos, en la ladera de la montaña, los veía venir.

Rompiendo el recogimiento de una paz dominical, en una carreta típicamente decorada con arabescos de vívidos colores sobre fondo amaranto, pasó cantando un grupo de muchachas. Arrojadadas sobre sus alegres faldas parecían un ramillete de regias flores. A la par, al paso lento de los pacientes bueyes, caminaban sus compañeros vistiendo camisas blancas, domingueras, bien ceñidas sus cinturas con anchas fajas rojas, rasgando acordes en sus guitarras.

—Todos son felices menos yo,—pensó Ysabel. Impaciente, llena de enojo entró a su alcoba, jurando no preocuparse más de si vendría o no ese antipático que después de todo no era nada para ella; pero a los diez minutos ya estaba otra vez inclinada sobre la baranda del

corredor y mirando a lo lejos mientras con sus manos se protegía los ojos del reflejo del ardiente sol.

Por fin cuando había perdido ya toda esperanza, y se ahogaba de furia con cuanto la rodeaba, pero sobre todo consigo misma, oyó el galopar de unos caballos y asomándose con disimulo por entre las cortinas vió a su hermano y a Joaquín que desmontaban cerca de la tranquera. Calculadamente se entretuvo entonces hasta que mandaron a Chica a decirle que hacía rato la estaban esperando para almorzar.

Cuando entró en la sala, su singular belleza realzada por las encontradas emociones que se reflejaban en el extraño brillo de su mirada impresionó aun a su familia.

—¡Es un sol!—pensó Joaquín deslumbrado, admirando su dorada cabellera peinada en dos largas trenzas, que caían sobre el pecho haciendo vivo contraste con el azul cielo de su vaporoso traje de muselina. Durante el almuerzo estuvo locuaz y risueña, chispeantes los ojos y sonrosadas las mejillas; pero al dirigirse a Joaquín lo hacía con un dejito sarcástico en la voz que lo dejó confuso y desconcertado.

Todos los demás se sentían encantados del modo de ser de este nuevo y simpático amigo de Pedro y lo colmaban de atenciones empeñándose en hacerle comprender que era muy bien recibido.

Alentado por estas demostraciones, Joaquín empezó entonces a visitarlos con frecuencia, pretextando siempre buscar a Pedro, atraído en realidad por un irresistible deseo de ver a Ysabel, a quien había adorado desde el mismo instante en que la conoció—como ella lo había presentado con su intuición de mujer. Y aunque su orgullo y su dignidad no le habían permitido cortejarla porque estimaba que no tenía nada que ofrecerle, sentía un intenso gozo al estar cerca de ella y en admirarla como se admira de lejos, sin la menor esperanza de conseguirlo, algún objeto precioso e inaccesible.

La indiferencia aparente de Joaquín sorprendía y desesperaba a Ysabel, acostumbrada a ver que se rendían a sus encantos todos los que se le acercaban. Lo creía, con razón, arrojado y valiente y atribuía su actitud a arrogancia y falta de interés. Bien lejos estaba de sospechar que él venía a su casa, a pesar de su propósito de alejarse, impulsado por el amor cada día más intenso que sentía por ella. Que si lo hubiera adivinado no habría embargado Joaquín tan completamente su imaginación, ni habría logrado ejercer el poder de seducción que nadie hasta entonces había conseguido para oponer a su voluntad caprichosa. Con frecuencia apelaba a la Virgen a quien cuidaba con esmero y por quien tenía ferviente devoción, considerándola como a una madre indulgente y cariñosa, incapaz de negarle nada.

—¿Por qué es tan ingrata conmigo mi Virgencita linda?—le preguntaba—. ¿Ya no me quiere? ¡Yo que la idolatro y nunca me olvido de sus flores!

Resentida y quejosa, un día resolvió acudir a un recurso extremo, y le robó el niño que tenía en los brazos. Envolvió la diminuta figura en un fino pañuelo orlado de encajes y lo colocó cuidadosamente en una cajita de marfil que guardó en su armario.

—¡No se lo devuelvo—declaró con increíble osadía—mientras no me conceda lo que le pido!

A pesar de todo, la Virgen permanecía insensible a sus ruegos y Joaquín no la buscaba. Tuvo que admitir su derrota y al reconocerla, sintiéndose humillada, exclamó para sí: ¡Es inútil... ya se ve que Joaquín no me quiere!

Con la soberbia y rebeldía de su indómito espíritu resolvió entonces, con firme voluntad, desterrarlo de su pensamiento y de su vida.

Sus primas, complacidas, encontraron de nuevo en ella a la compañera ideal para el veraneo, a la niña bulliciosa y alegre que sin cesar organizaba paseos y diversiones, atrayendo con su gracia singular a los jóvenes de su círculo, que se disputaban con ahinco sus sonrisas. Tía Eloísa, en cambio, muy disgustada, la reprendía constantemente, encontrando muy reprochable su conducta de alentar con sus atrevidos coqueteos a cuanto joven se le acercaba.

Quería ahogar entre risas y cantos sus penas y su tedio, y luchaba por conseguirlo. Pero la sombra de Joaquín no se alejaba de su imaginación. Se sentía igual a las desventuradas damas de los antiguos romances, y ardía de indignación al leer las tristes historias de damas increíblemente humildes que con exagerada obstinación perseguían a esquivos galanes que desdñaban sus amores.

—¡Tontas . . . retontas!—se decía—¡rebajarse así por hombres que no aprecian su cariño!

Una noche, furiosa, lanzó el libro que leía al otro extremo de la habitación, alarmando a María, quien despertó sobresaltada preguntando:

—¿Qué fué, qué se cayó?

—¡Nada!—contestó Ysabel con rabia; y apagando la luz hundió el rostro entre las almohadas. Molesta, dándose absurdamente por aludida, daba vueltas y más vueltas en su lecho sin poder conciliar el sueño. Por fin la rindió el cansancio y se quedó dormida cuando la claridad del alba se filtraba por las rendijas de la ventana y en el bosque cercano empezaban a gorjear los pájaros. Despertó nerviosa y con dolor de cabeza. Malhumorada, se negó esa tarde a acompañar a la familia a merendar con unas amigas en una hacienda contigua.

—¡Uf, qué calor, qué sol!—se quejó—. Les va a dar una insolación. Yo prefiero quedarme. Tal vez si me lavo la cabeza me refresque y me alivie.

Buscando distraerse bajó al jardín a cortar rosas para los jarrones del salón.

Al llegar Joaquín se encontraba sola. Bella como nunca con su preciosa cabellera suelta agitada por la brisa, rivalizando su rostro fresco y sonrosado con las flores que en delicioso ramo llevaba en sus brazos, se encontraron sus ojos con los de él.

Hacia rato la contemplaba extasiado, inmóvil en la puertecita de la verja, con todo el amor que sentía por ella visible en la expresión ardiente de su mirada. La sorpresa no le permitió a Ysabel disimular la inmensa alegría que al verlo invadió su alma e inundó su rostro. Olvidando todas sus inquietudes, conmovido hasta el fondo de su sér por un sentimiento de delirante felicidad, Joaquín corrió hacia ella y al tomarle la mano se la estrechó con efusión diciéndole con los ojos todo lo que hasta entonces había logrado ocultarle. Tan sólo un instante permitió ella este dulce contacto, que le produjo la más honda emoción. El rencor que hacía días luchaba en su alma con el cariño, se deshizo como por ensalmo. Todo el embrujo poderoso de aquella tarde primaveral se conjuraba para aumentar la maravilla de su amor: el cielo de un azul turquí, luminoso y claro; las nubes que coloreadas por el sol poniente envolvían la cumbre de los lejanos montes en velos tornasolados; la fuente que reía con amoroso murmu-

rio en el fondo del jardín; el arrullo de dos tórtolas escondidas en la enramada; los perfumados azahares que caían al tenue soplo de tibia brisa.

Palabras de afecto, expresivas y tiernas, brotaban de los labios de Joaquín, y ella, emocionada, trémula, con las mejillas teñidas de suave carmín, las oía como una música divina, embriagadora, casi sin comprenderlas.

Las horas huyeron en adelante fugaces y felices para Ysabel y Joaquín, que pasaron el resto del verano sin pensar más que en vivir su idilio.

Fué entonces María quien siempre estuvo triste: ya no andaba por la casa trinando como un pajarito mientras se ocupaba de sus quehaceres; ni brillaban sus ojos con su suave mirar. Ahora se ocultaba con frecuencia para llorar a solas, con honda pesadumbre y congoja, su secreto dolor.

*

Con las primeras lluvias regresaron a Cartago. Hubiera deseado Ysabel conservar el secreto de sus relaciones con Joaquín, pues sentía singular placer en mantenerlas ocultas y rodearlas de misterio. Sólo María sabía de su noviazgo. Pero no creyó su novio que sería correcto prolongar esa situación, y una noche después de la comida, confió a Pedro su secreto.

Desde entonces ya no pudo entrar libremente a la casa de su amigo, pretextando bus-

carlo, como lo hacía antes. Según las costumbres hubieron de conformarse con hablar en la ventana. Él desde la calle, en la acera; ella reclinada en el antepecho de la ventana, sus codos sobre mullido almohadón, mientras la encargada de vigilarlos distraía su tedio en un rincón de la sala ocupada en cualquier labor.

El amor, así reglamentado y sin la zozobra que lo había encendido, perdía mucho de su atractivo para Ysabel, al punto de que casi añoraba ahora los días aquellos en que suspiraba por el amor de Joaquín. Además, algo en ella se rebelaba constantemente contra la idea de sentirse dominada y luchaba por librarse de ese sentimiento que la había hecho olvidar momentáneamente sus sueños de siempre, tan distintos de la realidad que le ofrecía la vida al lado de Joaquín.

Con aire cansado y aburrido escuchaba ahora sus quejas. Hacía ya muchos días que su ilusión se venía desvaneciendo poco a poco, y de aquel idilio avivado por el capricho sólo quedaban rescoldos. Ya había pensado varias veces en quebrar con él; pero su atrayente personalidad, su voz de tonalidades cálidas, la desarmaban: en el fondo no había dejado de quererlo, quizás nunca lo lograría y a su lado se sentía débil, y a pesar de su carácter rebelde se encontraba incapaz para romper un amor que tanto había anhelado.

Una tarde triste, en que caía lluvia tenue, suave como la música quejumbrosa que susurra el rumor sutilísimo de las alas que rozan al pasar, desde una casa cercana se oían las notas de una antigua melodía:

¿Adónde vas, inquieta golondrina,
adónde vas en busca de tu amor...?

La melancólica canción trajo a la memoria de Ysabel las noches estrelladas del pasado verano, cuando Joaquín le expresaba su amor con románticos cantares. Con el pensamiento se trasladó al corredor de la vieja casona y le pareció oír otra vez la voz vibrante y varonil de su novio entonando al son de las guitarras, y el eco apagado de las voces de los peones, que repetían el estribillo en armonioso coro, sentados alrededor de una fogata.

Por unos instantes sintió aletear en su alma las ansias que habían turbado aquellas horas y le pareció que renacía su amor.

El recuerdo de los motivos que irremisiblemente la apartaban de su novio, acudiendo en tropel a su imaginación, bastó para desvanecer este sentir.

Hacía rato que callado e inmóvil contemplaba Joaquín el bello y delicado perfil de Ysabel. Sentía que se alejaba de él, que su sueño de ventura se deshacía, y su ánimo invadido por

honda desesperación se preguntaba cuánto tiempo sería aun su novia.

Presentía que sus ilusiones de dicha al lado de esta mujer tan deseada se desvanecerían como las figuras caprichosas, evanescentes, que formaba el humo de su cigarrillo, al impulso de extrañas fuerzas sin poderlo impedir.

Un gesto de pesar alteró su rostro.

Sorprendida, Ysabel le preguntó:

—¿Qué tiene Joaquín? ¿En qué piensa?

—Pienso—le contestó él con desaliento—en que ya usted es casi una extraña para mí. ¡Estamos tan distanciados en el pensamiento, en los ideales, en el modo de concebir el verdadero amor y la felicidad...! Cuando usted empezó a cambiar pensé que antes de llegar a perderla, de renunciar a la dulce esperanza de que algún día fuera mía, yo sería capaz de pasar por cualquier sacrificio; pero no es así, Ysabel, no puedo hacerlo. Es un desgarramiento diario de mi dignidad y de mi corazón; pero para qué seguir reprochándola. Comprendo que con ello llego a fastidiarla, y después de todo ¿qué se va a hacer? Cada uno es como es y...

—Eso es ridículo, Joaquín—le interrumpió vivamente Ysabel—. Ese parecer de todos los que creen que cuanto me agrada es necesariamente malo. No me explico por qué ha de ser así. ¿Por qué ha de exigir un hombre, junto con el regalo del amor que también le hagamos las

mujeres, el de la completa negación de la propia personalidad?

—No, Isabel, no es eso. Usted sabe que yo la adoro, que me dejaría hacer pedazos por darle gusto a usted. Pero es claro que no puedo tolerar nada que ofenda mi honor o que me ponga en ridículo, porque eso iría contra mi dignidad.

Con la voz más suavizada continuó:

—Usted es muy niña y por eso no piensa que si yo la quiero de veras no puedo saber, sin que me duela, que usted se va a San José buscando diversiones y goces que no puedo compartir con usted. Sé que allá baila y coquetea con otros. Eso no es digno de usted ni de mí y no sería yo un hombre si lo tolerara en la mujer que ha de ser mi esposa.

Ysabel no lo dejó terminar. Ella, que cuando estaba contenta tenía una mirada suave y dulce, impresionaba por la fría crueldad que denotaban sus ojos cuando se enojaba.

—No siga, Joaquín—le dijo con altanería—, no hace falta más. Comprendo su propósito de sacrificarme a su orgullo desmedido y a un deseo de dominación que yo no quiero soportar. Para estar tranquilo y feliz usted necesita saber que yo estoy aquí encerrada y aburrida, esperando que usted se digne hacerme el honor de venir a verme muy de vez en cuando.

—No, Ysabel... ¡eso nunca!—la interrumpió con pasión—. Dios sabe que sólo el deseo

de tener algo digno de poner a sus pies me impide venir a verla a todas horas, como es mi constante anhelo. Y, además, usted es tan joven, sabe tan poco de la vida... y Julieta...

Calló porque no quería, no podía repetirle los rumores que empezaban a circular acerca de la conducta de Julieta.

—Julieta... ¿qué?—preguntó Ysabel frunciendo el ceño—. Ya sé que usted la odia porque ella trata de ayudarme a conseguir mi felicidad. Seguro ya usted sabe que me invitó para irme con ellos a Washington y por eso está disgustado.

—Y usted—recalcó él con sarcasmo—¿de seguro se negó a ir?

—Claro—dijo ella con ironía—; la verdad es que sería mucho más entretenido irme a encerrar en una finca con usted...

—Si es así como ve usted la vida que compartiría conmigo, es que no me quiere, Ysabel, y entonces yo preferiría... —dijo Joaquín y no pudo continuar.

—Es usted quien no me quiere a mí. Usted quien sueña con un ideal que no se asemeja a mí, con una mujer que no aspire a otra cosa que a sacrificarse por usted. A mí eso no me atrae; yo ambiciono otra manera de vivir, una existencia que usted ni siquiera vislumbra.

—No me haga reír, por Dios—dijo él exasperado ya y con una sonrisa cruel—. ¿Qué puede saber de la vida una niña como usted?

—Sé lo suficiente para darme cuenta de que la vida que usted me ofrece y en la cual pretende aprisionar mi juventud me mataría de tedio y de tristeza.

—Está usted en lo cierto, Ysabel—le dijo con la voz apagada por la amargura que invadía su corazón—. Tiene mucha razón; eso mismo le dije yo al principio de nuestras relaciones, que no tenía nada qué ofrecerle y usted...

—¡No siga!—le interrumpió Ysabel con altivez—. Comprendo muy bien su pensamiento. Iba a decirme que usted no me quería y que yo lo comprometí. Está bien, no tenemos ya más que decirnos... ¡Adiós!

Y antes que de que él, mudo de sorpresa, pudiera añadir una palabra, cerró la ventana de un golpe y se retiró.

Tocaba a María la tarea de cuidar a los novios, mientras se entretenía cosiendo. Absorta en melancólicos pensamientos, apenas llegaba a sus oídos el murmullo de la conversación, cuando el estrépito de una ventana que caía la hizo saltar de su asiento. Sorprendida vió a Ysabel correr los cortinajes, disponiéndose a trancar los postigos de madera.

—¿Qué es? ¿Qué pasa? ¿Ya es la hora?

—No sé—dijo Ysabel secamente—, pero estoy cansada y no tenía deseos de hablar más.

De súbito, ante los atónitos ojos de su prima, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar desesperadamente.

Luego agregó entre sollozos:—No quiero vivir más aquí, no quiero quedarme más en este cementerio. No me avengo a casarme para ser esclava de un hombre y acabo de quebrar con Joaquín.

María la escuchaba callada, con sus grandes ojos negros y tristes, abiertos de asombro.

—¡Quebraste con Joaquín! ¿Cómo pudiste?—le dijo estupefacta.

Luego continuó toda compungida, mientras suavemente le acariciaba una mano:—No llores; no te aflijás tanto; ya verás que mañana vuelve. ¿No sabés que él te adora?

—Si no es eso—le contestó impaciente Ysabel, apartando su mano con brusquedad—. ¡Nada, absolutamente nada me importa si me quiere o no! Lo que tengo es rabia, furia. Cuantos me rodean se conjuran para matarme de aburrimiento. No puedo ni moverme sin que en seguida se comente y se tome a mal y me hagan mil reproches.

—No puede ser que no quieras a Joaquín—murmuró María—, no es posible.

—¿Y por qué no? ¡Qué sabés vos de amor, si lo único que te gusta es rezar!

—¿Yo?—exclamó María con inusitada agitación y como fuera de sí—: yo sí sé lo que es querer, talvez mucho más que vos. Yo estoy enamorada locamente de alguien que quiere a otra.

—¿Ah, sí?—preguntó Ysabel con curiosidad—¿Cómo se llama?

Muy turbada y con las mejillas encendidas, María no hallaba cómo contestar. Al fin murmuró:—Está muy lejos de aquí, hace ya mucho tiempo se fué a estudiar al extranjero.

Ysabel ni la escuchaba. Dominada por su habitual egoísmo sólo se preocupaba de sus propios problemas.

—Mirá, me he convencido de que Joaquín no es el hombre para mí. Piensa sólo en sus fincas: habla únicamente de toros, vacas y potrerros; y ni siquiera para venir a cortejarme se cambia la chaqueta, ni se quita las polainas, ni las espuelas. Para qué negarlo—agregó poniéndose las manos románticamente sobre el corazón—: yo tengo en el alma escondido un ideal que no desespero de encontrar. Sueño constantemente con otro hombre, guapo y fuerte como él, pero de distinto carácter, de viva imaginación, que ansíe, como yo, ir lejos, muy lejos, que comparta mis anhelos, y cuya voluntad sea como un bajel encantado que nos lleve a una vida radiante y bella de lujo y esplendor.

—¡Por Dios!—no pudo menos que decir María, riéndose—; ¡parecés loca! Si ya sabías cuando lo conociste que Joaquín era un finquero y no un millonario.

—¡El dinero! ¡Qué me importa el dinero!—contestó Ysabel con gesto imperioso y absoluta falta de lógica, haciendo con su mano un ademán de desprecio al poder que mueve al mun-

do—. Lo que me duele es el chasco que me he llevado creyendo que como Joaquín se educó en Inglaterra tendría aspiraciones. Tío Jaime me contó que por mediación suya le habían ofrecido el puesto de Secretario de nuestra Legación en Washington y sin consultarme siquiera lo rechazó. Eso, naturalmente, ya me tenía como agua para chocolate, pero lo que más rabia me dió fué que me hablara mal de Julieta.

—¿Qué estás diciendo?—exclamó su prima con sorpresa—. ¿Qué te dijo?

—Bueno, la verdad es que no me dijo nada; pero lo intentó y lo hubiera hecho si no lo atajo. Yo sé de donde viene, porque ayer cuando se terminó la reunión de San Vicente salí de primera y al llegar al corredor oí que me nombraban; me detuve para escuchar y esa gran antipática de Anita le estaba diciendo a un grupo: «Allí va esa pesada de Ysabel. ¿De qué estará tan orgullosa?. Será de servirle de pantalla a su tía Julieta?».

Por su poco mundo y su inocencia, Ysabel sólo vagamente había entendido la cruel saeta. Sin embargo, comprendió que la ofendían y se sintió humillada; pero no queriendo darles la satisfacción de saber que lo habían logrado, se fué sin decir nada. Ahora comentó: Yo sé que es por pura envidia, porque Julieta es linda y elegante y vive como una reina; por eso la critican. Ya se tomaran todas hacer la vida que ella hace, *chic*, llena de diversiones, *soigne*, no como aquí

en donde hasta los criados se meten en la conversación y se permiten opinar. En cuanto a ese pesado de Joaquín—declaró con los dientes apretados—ni siquiera me lo volváis a mentar; no quiero ni volver a verlo. ¡Lo odio!—añadió con vehemencia. Y de nuevo se echó a llorar desconsoladamente.

*

Despertó a la media noche. Una tristeza abrumadora teñida de un vago e inexplicable temor inundaba su sér. Sintiendo que la ahogaba una angustia indefinible se sentó en su lecho.

A la débil luz de una parpadeante velita de aceite contempló la imagen del Corazón de Jesús. Instintivamente, como queriendo ahuyentar algún oculto peligro se persignó y, entrelazando sus lindas manos, semicubiertas por el vuelo de fino bordado que remataba las mangas de su camisa de dormir de blanco linón, murmuró una plegaria.

Por las rendijas de las puertas y las ventanas cerradas se colaba un viento frío.

Sentía que algo oprimía su pecho impidiéndole respirar y que no podía permanecer ni un minuto más en esa cerrada estancia. Envolviéndose en una amplia bata de lana roja, saltó de la cama. Mientras se calzaba las pantuflas de fieltro, contemplaba a María, quien dormía un sueño tan profundo que su respiración apenas movía la gola de encaje que velaba su cuello.

Lentamente, cuidando de no hacer ruido, salió al corredor cerrando la puerta con suavidad. La recibió una ráfaga de viento helado, que aspiró profundamente. Luego, apoyando la cabeza en uno de los torneados horcones que sostenían el techo del corredor, se entregó a sus reflexiones.

Recordaba las palabras de su padre, quien al dirigirse esa tarde a las habitaciones de doña Magdalena, había escuchado las últimas frases de su conversación con María, que le confirmaban el juicio desfavorable que ya le había llegado sobre la conducta de Julieta.

El hecho de que se mezclara el nombre de su hija en esos comentarios, según acababa de oírlo, lo puso fuera de sí, a pesar de que no era hombre que se dejara llevar de cuentos o habladurías. Decidió cortar por lo sano y después del rosario había llamado a Ysabel a su despacho para decirle, sin permitir la menor protesta, que no pensara en volver a San José.

Se sintió anonadada. La casa de tío Jaime y Julieta era centro de reuniones del gran mundo josefino. Continuamente se daban en ella fiestas, comidas y bailes, en que llena de satisfacción se veía colmada de agasajos.

Empezaba a vislumbrar en todo su esplendor la vida fascinante que tanto había ansiado gozar. Estaba segura de que ahí encontraría al hombre que realizaría sus anhelos, pues no había pollo elegante ni diplomático soltero que

no se hubiese manifestado prendado de su luminosa juventud.

La intransigencia de su padre acababa de echar por el suelo sus más caras ilusiones.

—¡Qué torcida soy!—pensaba materialmente agobiada de pesar—. ¡Ya estoy otra vez reclusa en esta cárcel! ¿Cómo hacer para que me dejen ir a Washington con tío Jaime? ¿Si yo pusiera como pretexto mi deseo de entrar a un colegio para completar mis estudios...? Pero no, por ahí no habría la menor posibilidad.

Tenía razón. En su casa, comenzando por don Rafael, todos creían que su preparación para la vida era completa y talvez hasta excesiva. Ya le parecía oír a su padre decir con ironía:—«¿Qué más quiere, mi hijita? La educación que doña Mercedes deseaba para usted ya la tiene; sabe chapurrear el francés, hacer encaje y bordar, pintar almohadones con rosas que parecen repollos y tocar al piano «La Viuda Alegre» y «Cuando el Amor Muere» sin equivocarse más de tres veces. ¿Para qué quiere más?».

*

La ciudad dormía en santa paz, bajo la luz de una esplendorosa luna tropical que derramaba suave claridad. En el jardín el agua cantaba con armonioso arruyo, y al caer en diminuta cascada brillaba en la penumbra como si millares de diamantes estuvieran flotando en ella.

Parecían reflejarse las estrellas en las caritas blancas de los jazmines que esparcían a su alrededor el penetrante aroma de un perfume embriagador.

Absorta en sus sueños de boato y de lujo que contrastaban con la vida sencilla de una sociedad en la cual las mujeres se resignaban al desempeño de los monótonos oficios del hogar, Ysabel ni siquiera advertía tanta belleza.

En la serenidad de la noche se oyeron las notas claras del canto de un gallo, contestadas como en sucesivo eco por otras semejantes, cada vez más lejanas.

—¡No!—afirmó con vehemencia—. ¡Yo no puedo conformarme con esto!

Y clamando con desesperación agregó mirando al cielo:

—Dios mío: ¿por qué no sucederá algo que rompa esta cadena de monotonía y esclavitud?

Como si esta exclamación hubiera sido poderoso conjuro de maléfico arte de magia, un crujido pavoroso rompió de pronto la quietud de la noche. Cesó, se oyó de nuevo, y la fuerte sacudida de un tremendo temblor de tierra agitó la ciudad.

Gritos de alarma, voces sobresaltadas, puertas que se abrían precipitadamente, amos y criados que corrían en tropel hacia el centro del jardín implorando al cielo y pidiendo misericordia, pusieron en el ambiente tranquilo de

aquella noche una nota de ansiedad y pánico. En los alrededores y en la lejanía los perros aullaban lúgubrementes. En el ramaje de los árboles los pajarillos revoloteaban alborotados.

Repentinamente se acalló el ruido y de nuevo el silencio reinó por doquier. Se escucharon en la calle pasos acelerados, voces que se acercaban y se alejaban.

Indiferente a estos revuelos la luna seguía majestuosa su marcha entre níveas nubes que simulaban un empedrado blanquísimo, brillante, como si estuviera regado de escarcha.

—¡Qué gran meneón!—dijo don Rafael con un leve temblor en la voz—. Otro poquito más y nos cae la casa encima. Mamita, siéntese aquí, en este rinconcito, adonde no le dé un chiflón ... les voy a traer un traguito.

—¿Cuánto duró?—castañeteó doña Margarita.

—¡Lo menos un minuto!

—¿Tanto sería ...? ¡Gracias a Dios que ya pasó!—observó doña Magdalena—. Mejor será entrar antes de que cojamos una pulmonía.

Se preparaban a hacerlo cuando nuevamente empezó a temblar con renovada violencia.

Así pasaron la noche, tiritando de frío y de miedo, entrando a la casa durante las treguas para recoger las ropas y vestirse, mientras la tierra se agitaba constantemente, a veces con fuerza que hacía temer una inmediata catástrofe; en otras como si una mano cariñosa meciera el suelo.

Ysabel, enmudecida de espanto, sentía la muerte en el corazón. Llena de supersticioso terror pedía en silencio piedad al cielo, creyendo firmemente que era obra de Dios para castigarla por su inconformidad. Quería implorar perdón a gritos al Todopoderoso, pero no se atrevía a confesar su culpabilidad y temblaba aterida de frío, mientras lágrimas de miedo y arrepentimiento corrían a raudales por sus empalidecidas mejillas.

El tiempo fué cambiando al llegar la madrugada. La luna desapareció tras espesos nubarrones que atenuaban la claridad de la mañana y ponían mayor congoja en los sobrecojidos ánimos. Una neblina gris que hacía más densa un humo azufrado que descendía del volcán, se esparcía sobre la ciudad causando escozor en los ojos y en la garganta. Techos, patios, jardines y praderas se cubrían de ceniza.

A las seis en punto de la mañana se oyó llamar con estrépito en el portón exterior. Llegaba fray Andrés a decir la misa en la capillita de la casa, como lo hacía desde que doña Magdalena enfermó. Gordo y sonrosado, de modales afables pero rudos, era este fraile quien dirigía las conciencias, los actos y hasta los más recónditos pensamientos de las principales familias cartaginesas. Estaba pálido. Esforzándose por mostrarse jovial como siempre, entró dando voces, preguntando entre nerviosas risitas cómo

les había ido de sustos. Dirigiéndose a Ysabel le dijo con malicia:—Vas a ver lo que te traigo.

Regresó al zaguán y volvió con Joaquín, tirándolo del brazo.

—¿Qué te parece la sorpresita? Me lo encontré rondando la casa con el alma en los ojos, y me pareció que en estas circunstancias bien podía entrar. Sobre todo—añadió celebrando su chiste con sonoras carcajadas—si yo le sirvo de padrino.

Todos se quedaron sorprendidos y don Rafael frunció el ceño, pero nadie se atrevió a decir ni tus ni mus para no contrariar los deseos del religioso.

Turbado por la emoción Joaquín balbuceaba excusas. Se acercó a Ysabel y la miró absorto, encontrándola más linda que nunca, realzada su belleza por las ojeras que el desvelo y la angustia habían sombreado en el arco de sus ojos. Como no había vuelto a temblar y los ánimos se habían serenado a medida que el día iba clareando, se resolvió decir la misa como de costumbre. Pero antes, arrodillados a los pies del fraile en un rincón del corredor, fueron reconciliando su alma con Dios.

Señores y sirvientes oyeron con sentido fervor el oficio divino y comulgaron piadosamente, sintiéndose confortados y llenos de confianza en que ya, Dios mediante, había terminado lo peor.

Pasaron al comedor. Sacrificando la misa—porque primero es la obligación que la devo-

ción—Eloísa y María habían preparado el desayuno para los familiares y los amigos que poco a poco habían ido llegando. Pan dulce, bizcocho, rosquetes, empanaditas, tamal asado y quesadillas fueron pasando de las bien nutridas alacenas a la amplia mesa en que ya humeaban los grandes picheles de hirviente leche y de aromático café.

Todos hablaban a la vez deseosos de contar sus emociones de la noche. Olvidando las largas horas de angustia que acababan de sufrir, se reían y gesticulaban como si se burlaran de los temblores, complacidos quizás de que hubiese ocurrido algo inesperado que prestara incidencias extrañas a sus vidas monótonas y sombrías.

Por entre sus rizadas pestañas, Ysabel observaba a Joaquín. Se sentía atraída de nuevo hacia él. No llevaba chaqueta ni polainas. Seguro por complacerme, se decía. Lo encontraba romántico, con el rostro afinado por la emoción y se sentía halagada por su solicitud y humildad. Amedrentada por el incesante temblar de la noche anterior que seguía considerando castigo celestial por su soberbia, hacía promesa de casarse con él y llevar a su lado una vida ejemplar y de abnegado sacrificio.

En cuanto pasó el desayuno se levantó fray Andrés despidiéndose y llevándose a Joaquín, lo que fué señal bastante para que todos partieran a ocuparse de sus quehaceres ordinarios.